

Los ojos de Mitra

Carlos Cuesta



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización de las autoras y los autores.

© De la presente edición: Antonio José Martínez Peris, editor.
talondeaquiles.es – hola@talondeaquiles.es

© Textos: Carlos Cuesta, 2021.

© Ilustración de portada: Anna Nelubova, 2021.

© Diseño de colección y maquetación: Algomepasa Estudio.

A mi madre.

Antes de ella nada existía.

I.

Fue un día lluvioso, en una finca de la ganadería Aldeanueva, la primera vez que vio en persona al matador de toros Francisco Vega. Un día horrible para sacar fotos. El cielo era una lona gris de colores sucios y el agua se entrometía entre la cámara y los toros resguardados bajo las encinas. Algunos estaban quietos como estatuas y se distinguía que estaban vivos gracias al ritmo acompasado de sus pulmones. Ismael presentía la mirada desconfiada de las bestias inmóviles y el brillo apagado de su pelo deslucido por la lluvia, entre los goterones resbalando por las lunas del coche.

Los relieves del terreno le hacían perder el equilibrio cada vez que el mayoral al volante colocaba el vehículo donde él reclamaba, para conseguir la mejor perspectiva de los ejemplares de mayor tamaño. Desconocía otras cualidades para valorar a un buen toro y eso convertía la jornada en un despropósito aún mayor. El veedor que los acompañaba en el cuatro por cuatro no tardó en darse cuenta de lo arbitrario de su criterio y comenzó a aconsejarle con mucha didáctica y maneras de erudito. Se llamaba Sergio y tenía un dato, una anécdota o un recuerdo para cada toro que reseñaba. El reportero pasó de estar impresionado a anestesiado por el exceso de información. En cuanto al tamaño de las bestias, Sergio no se quedó sin explicarle el motivo de la gran alzada de los astados de Aldeanueva del Arroyo y adornó su argumento con la historia de un sobrero bastote y ensillado, de nombre Cancerbero, que acabó siendo semental.

Cuando la lluvia les daba un respiro, Ismael bajaba la ventanilla a manivela para buscar un buen disparo. Pudo tomar algunas estampas menos malas de los erales y también un pequeño galope y un encontronazo entre dos bestias, negra una y colorada la otra. Le amedrentaba la soberbia potencia de los animales y vivía la experiencia como un intruso en un dominio ajeno, agradecido de contar con la protección del todoterreno entre él y los toros. Al reportero le perturbaba la mirada casi perdida de aquellos cuadrúpedos y no poder anticipar sus intenciones. Paseaban a distancia, huyendo del vehículo y sus ruidos. Al oírles rebufar se preguntaba si era posible que aquellas medias toneladas de ser vivo pudieran tener miedo de un coche o de un hombre.

Preguntó al mayoral por los números marcados en la piel. Eran símbolos y cifras grabados a fuego con hierro candente que se traducían en su fecha de nacimiento y su identidad. Al verlos pasar desafiantes pensó en ellos como reclusos musculosos de gimnasio que lucían indolentes sus tatuajes carcelarios.

- Ya está – anunció Ismael, harto de las incomodidades del vehículo.

El veedor se mostró entonces interesado por el estado de un novillo reservado para un festejo y Teo, el mayoral, les condujo en dirección a otro de los cercados. Sergio hacía las veces de copiloto y se encargaba de la operación de descender del vehículo, abrir las puertas, cruzarlas, dejar pasar el coche y volverlas a cerrar. Sus zapatos de piel marrón se habían empapado de tierra espesa y húmeda.

- Te tienes que traer unas botas, te lo tengo dicho – le recriminó Teo.
- ¡Bah! – respondió Sergio, restando valor al reproche.

Ismael prestó atención a la ropa de Sergio cuando éste se bajó de nuevo a despejar el paso y asegurar la entrada. Su interés se debía a un defecto profesional de su breve paso por las pasarelas de moda; camisa azul bien planchada y cinturón de cuero sobre unos vaqueros de marca. Arrugó la nariz al ver las botas de goma del mayoral, el sucio pantalón de trabajo y el chaleco desgastado y dado de sí sobre una camisa de cuadros. Una visera campera coronaba el conjunto. Revisó su propia vestimenta y vio el barro adherido a los bajos del pantalón.

Teo y Sergio seguían a la búsqueda de un macho con el número 31 tatuado en la piel, ajenos a los vaivenes del vehículo. A Ismael aquello le parecía monótono, cansado y sucio, palabras que resumían su desdén por ese tipo de trabajo. Luego creyó entender que mascullaban algo acerca de la posible cojera de un novillo. Tuvo la impresión de que las frases cortas del veedor, mitad pregunta mitad afirmación, eran una manera de constatar la lesión sin menoscabar el orgullo del mayoral. Entre ellos había complicidad profesional y una comunicación basada en afirmaciones y negaciones mucho más precisas que el sí y el no. Veía por el retrovisor interior que a Teo se le torcía el gesto de la boca, sin perder la expresión tranquila. Parecía responder a un comentario de Sergio.

- Blandea de la mano derecha.

El gesto de Teo no era un no, sino un “tienes razón pero ojalá no la tuvieras”.

Para completar el reportaje fotográfico lo llevaron a la finca que llamaban de Cilleros, para ver la plaza de tientas. Él llamó al periódico para avisar de que con ese tiempo allí no había nada más que hacer. El jefe de redacción le dijo que terminara de todos modos. Ismael había percibido en la voz del responsable, al principio del día, cierta satisfacción al endosarle ese trabajo, vacante a causa de la baja laboral de un compañero. Su encargo “fácil” y “rápido” valía bien como castigo improvisado por sus desplantes e insolencias cotidianas. Él se sentía más cómodo en las canchas y los estadios. Los animales sucios y el barro no eran su manera preferida de pasar un sábado por la mañana.

Adormilado, levantó la cabeza y volvió a reparar en Teo. Le había llamado la atención su forma de expresarse y le despertaban cierta simpatía las maneras plácidas y estoicas del trabajador de la finca, su aire sereno, paciente y modesto, su acento de erres marcadas, de pocas palabras certeras. Teo entró en el coche del veedor, aparcado a la salida de la finca, un Opel negro deportivo de aspecto perjudicado por los manchurroneos de tierra bajo las puertas. El de Ismael estaba estacionado justo al lado.

El camino les transportó del paisaje de encinas y montículos graníticos de Aldeanueva del Arroyo a otro poblado de robles; cuarenta y cinco kilómetros de carreteras estrechas y sinuosas que conducían hasta la finca de Cilleros. Allí detuvieron sus coches al lado de otro bastante más lujoso, negro e impoluto. Cruzada la entrada principal, Teo le invitó con un gesto a que contemplara uno de los dos manantiales que surcaban la finca, la clave de la calidad del pasto. Ismael miró a su alrededor y se vio obligado a reconocer que el lugar tenía encanto. También le llamaron la atención los muros, las puertas y tapias repletos de signos, divisas y letras mayúsculas forjadas en hierro o pintadas en las paredes, similares a las leyendas de un mapa que daban al entorno un atractivo simbólico. Las iniciales soldadas en los portales de entrada designaban al hierro con que marcaban a los astados y servían de recuerdo perenne del ilustre fundador de la ganadería. El verde y blanco daba cuenta de la divisa identificativa de los toros de Aldeanueva en cada edificio de la finca.

Tras sus explicaciones, Teo le sorprendió con una generosa invitación a comer en un restaurante cercano. Aceptó por cortesía, aunque le apeteciera más regresar a su casa y descansar antes de fotografiar el partido de la Unión Deportiva. Se resignó a saltarse la siesta y pidió que le indicaran dónde estaba la plaza de tiendas. El mayoral y el veedor lo acompañaron y luego se retiraron juntos a un caserón cercano. Le habían prometido que no tardarían mucho pero él lo dudó, escarmentado del ritmo pausado al que acostumbraban. Por eso se tomó su tiempo para la última foto. Rodeó la plaza de tiendas en busca de la entrada. Encontró una abertura en el muro y subió por unas escaleras de piedra hasta un pequeño graderío desde donde contempló el aspecto de la finca. El tiempo se había vuelto más apacible, menos frío y húmedo y el olor de la lluvia se había mezclado con las fragancias de la naturaleza. Caminó por un pasillo descubierta y sin barandillas. El descenso por los peldaños a la arena acentuó una ligera cojera.

Apoyado en uno de los burladeros del coso, un hombre miraba el ganado reunido en la lejanía o el horizonte. Tan inmóvil y sereno, parecía un fragmento más del paisaje. Ismael no había advertido su presencia hasta ese momento. Lo apuntó con atrevimiento, enfocó su rostro y tomó varias fotografías. Pegado al visor de la cámara corrigió la iluminación y disparó de nuevo, rápido y furtivo. El teleobjetivo le acercó a una mirada penetrante que le recordaba una situación o una persona diferentes. Tomó una fotografía más general, la revisó y regresó al rostro. Su cara era morena, de trazos muy verticales, con poco pómulo y no especialmente simétrica. Sus ojos eran negros y el pelo oscuro, sano pero mal recortado. Dejó de mirar los rasgos del retrato y al levantar la cabeza se dio cuenta de que ahora sí lo estaba mirando. Aquella presencia atravesó con entereza el objetivo e Ismael disparó, obligado por el instinto, para arrebatarse su imagen. Bajó la cámara y los dos se observaron sin hablarse hasta que el fotógrafo lo saludó. El otro hombre no devolvió los buenos días. No dijo nada, como si siguiera juzgando lo que acababa de ocurrir.

- Me llamo Ismael Sánchez.
- Francisco Vega – dijo el otro. En ese momento el nombre no significó nada para Ismael.
- ¿De visita?
- Más o menos.
- ¿Trabaja para la ganadería?

- No.
- ¿Entonces?
- ¿Entonces qué?
- ¿A qué se dedica?
- Soy torero.
- Fotógrafo – dijo Sánchez, moviendo la cámara que sujetaba en su mano. Al instante le pareció un gesto ridículo y se vio obligado a justificar su presencia allí, tan solo por hablar de algo que tuviera relación con la cámara. - ¿Puedo hacerle una foto?
- ¿Para qué me pregunta si ya lo ha hecho?

Ismael encajó la crítica sin rebatirla, mientras un silencio casi sólido se iba instalando entre ellos dos. Empujado por esa densa ausencia de palabras, Ismael tuvo la impresión repentina de haber robado algo y experimentó el deseo de justificarse. Francisco Vega, que de cerca aparentaba menos años, no parecía incómodo, sólo muy distante, como si fuera a esfumarse entre dos parpadeos. Ismael le aproximó la cámara para invitarle a que viera las fotos. Con un gesto, el torero rechazó la propuesta, colocando la mano extendida delante de él, y se mantuvo así un instante, como si temiera que Sánchez fuera a mostrárselas de todos modos. La sorpresa del fotógrafo no duró. La aparición de Teo y Sergio le rescató de ese encuentro embarazoso.

- Francisco con otro tiempo igual se animaba a torear – se aventuró Sergio con alegría y respeto. – ¿Come con nosotros?
- No puedo – despachó cómodamente el torero. Su mirada seguía perdida pero a nadie salvo a Ismael pareció extrañarle.
- Otro día será – intervino Teo, y Francisco volvió a asentir cuando la afirmación ya se había extraviado.

Se despidieron de él para ir a compartir una abundante comida en un restaurante del Cruce de Cuatro Caminos. La conversación giró en torno a la temporada taurina, al clima y a la visita inesperada del torero, que al parecer era un matador de renombre. Ismael se sintió a gusto en aquel lugar. Fue horas más tarde, durante el partido de fútbol, mientras buscaba sin éxito entre las caras de los jugadores un rostro como el de

Francisco Vega, cuando acertó a establecer una relación entre el restaurante y un momento de su infancia.

Durante el descanso envió al periódico las fotografías de los toros, de la plaza y finalmente se decidió a rescatar una del matador en la finca mirando a la nada. Había acompañado el archivo con un comentario escueto: “Es el torero Francisco Vega”, por si en la redacción no lo reconocían. Pero sí lo reconocieron. Lo descubrió a la mañana siguiente desayunando. El titular que acompañaba su fotografía decía: “Primera aparición de Francisco Vega tras la cornada en Las Ventas”. Ismael cerró el periódico.

- Él tampoco me reconoció a mí - se dijo para relativizar el hecho de sentirse como un cretino.

II.

El animal tenía el nombre de un pequeño mamífero divertido pero era una bestia de quinientos dieciséis kilos. Lo era, porque ahora está muerto. Se había revuelto en espasmos aferrándose a su vida para terminar como un patético muñeco de carne, de rostro desencajado retirado a rastras por los mulilleros, ayudados por dos equinos. Cuando se lo llevaron, los areneros adecentaron el coso disimulando la sugerente mancha granate dejada en la arena, pero era difícil ocultar el rastro de tanta sangre. Sánchez conservaba en su retina la imagen del toro después de picado, antes de que le engancharan seis banderillas al cuerpo. Le había surgido una manga escarlata que hacía brillar su piel oscura y eso le impresionó tanto como la cruel pitada de un público inmisericorde ante la cobardía del animal. La criatura se había mostrado temerosa desde el primer momento de la lidia y se había refugiado de la violencia huyendo hacia las tablas.

El sol generoso iba perdiendo terreno a la hora en la que entró el tercer toro. Era más grande, el más voluminoso de esa tarde, aunque el runrún del público le iba desvelando al fotógrafo que tamaño y bravura no siempre eran sinónimos. El animal pesado y receloso colaboraba poco con lo que estaba ocurriendo allí, así que Ismael se centró en el torero para intentar sacar a la luz detalles velados por su inexperiencia.

- No pierdas de vista a Iván Blanco – le aconsejó o le ordenó el cronista que lo acompañaba.

Ismael asintió, sin admitir que desconocía las claves de la liturgia para guiar a sus ojos. La sucesión de movimientos del matador carecían de significado y le confundían tanto como el regocijo o la desaprobación vociferante del público. Se limitaba a copiar los encuadres estudiados días antes en la prensa y en los libros, cuando le avisaron de que la baja de su compañero iba para largo. El redactor jefe se había negado a publicar fotos de agencia, empeñado en mantener la firma de un reportero propio en la sección taurina y seguramente también como revancha contra el ex deportista que demasiadas veces había querido, según el jefe, enseñarle la profesión.

- Haz el favor “Espartaco” – en la redacción lo llamaban así porque sabían de su pasión por los gladiadores y por aquella película en concreto. En boca del redactor jefe, era más bien una provocación para ponerle de mal humor. - ¿Me vas a decir que hay mucha diferencia entre hacer fotos a un toro y a un futbolista? ¡El toro se mueve menos y dice menos bobadas! – se mofó sirviéndose de la carrera deportiva de Ismael. – Además Íñigo te va a decir lo que necesita. A lo sumo escogemos dos fotos para el periódico y el resto van a una galería de la web, así que tú tira muchas – y con un palmetazo amigable en el hombro puso fin a la discusión. – Tira muchas, campeón.

Voces alteradas gritaron “¡ala!” al mismo tiempo y le devolvieron al callejón de la plaza cuando el caballista estropeó un poco más al toro con otro puyazo. Sánchez buscaba la explicación del descontento de la grada en todos los sitios menos en el trabajo de los picadores.

- ¿Qué ha hecho ahora? - preguntó a su compañero ante el desánimo general con la maniobra.
- El pinchazo. Demasiado atrás. No ayuda al diestro – le explicó el periodista, con frases cortas, sin perder ojo a la faena, mientras se alejaba buscando una vista mejor. Comunicaba con él como si le mandara breves telegramas desde una trinchera donde arriesgaran la vida.

En ese momento el matador aparecía para apartar al toro del costado del caballo. Justo después el cronista silbó a Ismael y le hizo varios gestos aparatosos con las manos en alto para que no olvidara sacar también a los banderilleros. En el tercio de muleta el redactor había vuelto a su lado.

- Espartaco – susurró para llamar su atención. Se señaló el ojo con un dedo para pedirle que estuviera muy pendiente.

El matador caminaba lentamente, cruzando las piernas como si transitara un camino sembrado de escorpiones. La ceremonia del torero al fin lograba inspirar al fotógrafo y le acercaba a terrenos más familiares. Un comentario superlativo le llegaba a los oídos desde el tendido. Un hombre justificaba algo dicho anteriormente: “Nadie quiere más

que yo que triunfe Iván Blanco pero...”, y ahí llegó la estocada que subrayó sus palabras. El diestro escapó por un lado de la acometida de los cuernos y abandonó su espada clavada en el morlaco. Luego se plantó ante el toro, desafiante. El hombre miraba a la bestia desde arriba como si la estuviera sometiendo para hacerla descender a la muerte. La insistencia del animal en seguir vivo impacientaba a la grada y los subalternos mecían los capotes delante de sus ojos sin lograr agotarlo. Haría falta una segunda estocada.

Con su cámara, Sánchez tomaba el pulso a la estatua inmóvil del torero. Hubiera deseado fotografiar el silencio de la plaza, el segundo antes de abalanzarse contra la bestia, y luego la ovación que apretó el dedo contra el disparador, inmortalizando el golpe que fulminó a “Dudito”. El momento había alterado sus pulsaciones, le había sobrecogido sin saber que la punzada, demasiado trasera de nuevo, era una suerte desacertada. El espadazo en los pulmones empujó los chorros de sangre a la boca y al hocico. Ismael miró a su compañero y el periodista cabeceó desaprobador, la frente apoyada en una de sus manos.

Pasaban los minutos y las faenas y sentía que algo o todo se le escapaba. Le extrañó la tibieza de sus propias emociones y de la reacción del público en una faena en la mismísima plaza de Las Ventas de Madrid. Para él la sutileza del toreo podía pasarle desapercibida como buen ignorante, pero el público se regocijaba en los reproches.

- ¡No has dado un pase ni medio bien, te vas sin torear! - criticaba un abonado.

Se fijó luego Ismael en un subalterno medio oculto tras las tablas, con las rodillas semiflexionadas y los codos a la altura del rostro, encogido. Era de los pocos de la cuadrilla que mantenía ese grado de atención. El resto se movía por el callejón como artistas entre bambalinas o modelos en un camerino. En la grada, detrás de él, le distrajo la voz de una mujer en torno a los cincuenta. Obviaba la faena y compartía un comentario de revista sobre uno de los diestros más veteranos.

- Era un pincel, con 20 años, con esa estatura. Lo que pasa es que era un golfo.

El “golfo” acababa de atravesar con su estoque a una furia de 520 kilos que yacía en la arena. El toro se levantó, obstinado, poniendo en peligro el triunfo pero tardó poco en volver a caer y en que le cortaran una de sus orejas. A Ismael el apéndice sanguinolento le parecía vulgar como trofeo. Creía más apropiado el ramo de flores arrojado desde la grada mientras el torero daba la vuelta al ruedo. El hombre se retiró ovacionado a la hora que caía la sombra completa sobre la plaza.

Una ráfaga de frío cabalgó sobre la arena y en las gradas se escuchó el anuncio del sexto de la tarde. “Buscador” salió como un balazo directo a Iván Blanco. El torero dio varios capotazos elegantes para fijar al toro en el terreno a la vez que Sánchez lo retrataba casi todo, medio pendiente de la “conferencia” del tendido seis de un señor que llevaba la corrida completa radiando sus comentarios con pretensión impune. Otro entendido discutía al aficionado la calidad del toro. En una fila cercana continuaba el duelo dialéctico.

- No puede, si no puede...
- ¡Bah, es un torazo! – defendió otro, justo antes de que el animal resbalara.

Ismael capturó la escena; seis fotografías del toro con los morros sobre el albero. Después de ver esto, supuso que el animal había dejado escapar toda su vitalidad por la sangre que abandonaba su cuerpo, por eso le pareció inexplicable la resurrección que se produjo ante cientos de testigos.

- No es tan malo ahora el toro, ¿eh? - replicó un aficionado irónico al señor que le venía llevando la contraria, que comenzó a titubear y a mostrarse más comedido.

Pese a su defensa, el aficionado apretó los dientes e incluso se puso rojo de preocupación con una nueva patinada de Buscador. Pero esta faena ya había comenzado su metamorfosis.

Siguiendo la disputa de los aficionados, Ismael terminó por darse cuenta de que Francisco Vega se encontraba a pocos asientos de ese grupo, atento como si estuviera toreando él. El matador admiraba todo lo que estaba pasando cruzado de brazos y con la mano izquierda sujetándose la boca y exprimiéndose los labios. En la arena, Iván

Blanco levantaba el ánimo del toro que le restregaba su cuerpo, dejándole espesas manchas de sangre en la chaqueta y la taleguilla. Si cualquiera hubiera abandonado su asiento un minuto habría jurado, al regresar, que habían cambiado de toro. Pero no era eso lo que había ocurrido, como si el astado hubiera nacido, crecido y madurado, experimentando una vida completa, allí en la plaza, en menos de un cuarto de hora.

Por un momento Ismael bajó los brazos derrotado, sintiendo que atrapar aquella danza mortífera era tarea imposible, como tratar de encerrar en una caja la cólera, el miedo o el dolor de una ópera o de un homicidio. Con coraje, Ismael volvió a acribillar la escena. La vida vertiginosa de esa tarde se detuvo con un desplante torero que al fotógrafo le pareció suicida. Giraba Iván Blanco sobre sus pies, de espaldas al toro, buscando los ojos del público.

- ¿Has visto? – le preguntó el cronista.

Lo había visto. Lo había sentido. Los aplausos resonaron en todo el recinto, desalojando la tensión que había inundado los pases últimos del joven torero.

Ismael bajó la vista a su cámara. No le quedaba espacio para muchas fotos en la tarjeta, pero no sabía cómo se le habían escapado el resto de las salvadas. El diestro se acercaba a las tablas. El fotógrafo suponía que iba a poner fin a aquello.

- Deben quedarme unas diez fotos – se justificó Ismael ante el periodista que le miró incrédulo, casi asustado.
- Diez fotos te quedan para sacar una estocada de puta madre o una cornada de espanto. Si lo coge vas a tener un problema.

Ismael tuvo el reflejo de acceder al menú de la cámara para borrar algunas fotos prescindibles. Su compañero, precavido, se lo impidió.

- Deja eso ahora. No seas el pardillo que estaba limpiando la tarjeta mientras Blanco la liaba en la feria de otoño.

El diestro regresó con el estoque, caminando lento y muy serio. La expresión de su cara había envejecido diez años. La dureza de su mirada era intraducible así que Ismael lanzó otra foto. Nueve, tal vez le quedaban nueve fotos. Volvió el torero, retorcido hasta casi partirse para dejar escapar al toro por un costado, para recuperarlo justo después con la muleta como si el animal estuviera atado con una cuerda. Lo iba colocando en el sitio donde iba a darle muerte.

- Es ahí - dijo alguien en el callejón.
- Sssssssh - se oyó en la plaza a la hora de matar.
- ¡Silencio, se está jugando la vida un hombre!

El aliento en la boca de los aficionados se iba empastando. Blanco dibujaba el futuro con la mirada, levantaba el brazo para orientar el estoque hacia la gloria o el fracaso. La tensión presionó el dedo de Sánchez contra el botón, se le escaparon dos fotos y maldijo. Contemplaba a través de la reducida ventana de la cámara la senda de los pies de Iván Blanco camino hacia la quietud del toro, que observaba tranquilo como quien sabe que todo está dado, pidiendo la muerte. Su panza subía y bajaba, no tan calmado en verdad. La respiración estuvo media eternidad contenida en la grada y luego oyó el grito simultáneo a la estocada, pero no la vio. La acción mecánica del obturador dejó en negro el visor en el momento de tomar la foto.

- ¡Lo tengo, lo tengo! – explotó el fotógrafo sin darse cuenta de que chillaba.

Blanco lanzó un grito marcial mirando al sable que había sacado el alma del toro de su cuerpo. Aquello era incomprensible. El público más crítico pitaba la hazaña y el resto se abandonaba a la exaltación del matador. Antes de que terminara la solicitadísima vuelta al ruedo, Francisco Vega ya había abandonado su asiento antes incluso de que hubiera terminado el recorrido triunfal.

III.

El bar de la plaza de toros era un chiringuito sencillo adosado al exterior del coso, frecuentado por una multitud bulliciosa y bien vestida. Ismael esperaba allí a su colega tomando una cerveza. La terminó de varios tragos largos y pidió otra. La faena le había secado la boca como si hubiera estado corriendo tres horas. Pasada la tensión de este trabajo, nuevo y complicado para él, radiografiar a la gente a distancia le relajaba. No estaba habituado a ese ambiente pero reconocía en él pinceladas de impostura a las que sí estaba familiarizado. Contemplaba con placer esa ceremonia de la presunción y miraba meticulosamente a las mujeres. Algunas le parecían hermosas incluso comparadas con modelos profesionales, un género que había frecuentado, por su oficio, hasta empalagarle. “Un género”, pensó deteniéndose en cada connotación de esa palabra. Pasó de la sonrisa a la incomodidad cuando la imagen de la carne muerta de toro, pegada a la arena, le cruzó la mente como un flash.

En aquella barra se sentía un espía con prismáticos fisgando de lejos las habitaciones de un hotel. Eso le provocaba una satisfacción íntima expuesta en su rostro mientras cribaba con ramalazo misógino a las chicas que conversaban animadas o callaban coquetas. Había alguna mujer despampanante. El resto, chicas monas emperifolladas, demasiado maquilladas o demasiado poco. Era exigente a la hora de evaluar los físicos y penetraba en el engaño de la pintura humana como un detective en la escena de un crimen. Para algunas mujeres los retoques eran un fabuloso truco de magia que les permitía ascender de golpe varios escalones en ese ranking sociosexual. Él era lo bastante superficial como para dedicarle tiempo a pensar en ello e incluso aplicarse a sí mismo o los otros hombres un baremo semejante. No era un alguien que tuviera que mendigar la atención de las mujeres aunque su forma física ya no era lo que fue, cojera intermitente incluida. Le gustaba pensar que compensaba sus carencias atléticas con carácter y sangre fría en el cuerpo a cuerpo.

Llegó su compañero y los dos hombres bromearon sobre su primera aparición “en esto del toreo” como si hubiera formado parte de una de las ternas. Él aguantó sus chistes y le propuso otra cerveza para agradecerle los consejos durante el festejo. Esperaba que

aquella ocupación no le llevara muchas semanas más pero mientras tanto iba a necesitar muchas y buenas indicaciones.

- Esto es como si estuvieras de vuelta a los grandes eventos y a las fiestas de la gente VIP – comparó su colega.

Los pensamientos de Ismael se revolviéron incómodos buscando sin éxito un comentario amable. Se le había enturbiado la mirada como si aquella época no le trajera tan buenos recuerdos como el otro suponía. Para cambiar de tema, a Ismael le bastó una cabezada orientada hacia una mujer morena, alta, de tez tostada. Su cabello largo y liso y sus curvas sugerentes monopolizaban las miradas de los corrillos más próximos. Los dos compañeros se fijaron en el gracioso detalle de su bolso, una monada tejida simulando un capote rosa y amarillo. Ella era su propia escala, no competía con nadie.

- Es la mujer de Alberto Castro – glosó el periodista.

Aquel comentario aportaba una noción de distancia o de prohibición. Castro era un respetado torero madrileño que se había pasado a comentarista televisivo para el Canal Plus. Era un tipo simpático, reputado y que caía bien a todo el mundo.

- Yo no podría tener una mujer así. No podría vivir tranquilo.
- No te acercas a una mujer como esa para vivir tranquilo – intervino Ismael, muy serio, justo antes de sonreír y disfrutar del último trago, observándola con descaro.

Ismael pagó la cuenta en la barra y se despidió de su compañero. De regreso a su piso de Salamanca dejó la bolsa con la cámara y las tarjetas de memoria sobre la mesa de su despacho. Encendió el ordenador y esperó un instante para poder acceder a las carpetas de fotos. “Fútbol”, “Moda”, “Paisajes”, “Retratos”, “Exposición”... Se permitió una sonrisa cuando reparó en los archivos de fotografía social, las bodas y los bautizos. Creó una carpeta nueva, “Toros”, y comenzó a descargar la faena de ese día para clasificarlas más tarde. También envió allí las del reportaje en Aldeanueva.

Su vista se desvió hacia la carpeta de su exposición. No había sabido encontrar un tema adecuado. Sus fotos le parecían irrelevantes o demasiado antiguas. Durante un tiempo la exposición había sido un objetivo moral, casi una escapatoria. El responsable de la Sala Santo Domingo de la Cruz en Salamanca se había mostrado entusiasmado por contar con él, alguien célebre y bien conocido en la ciudad, pero hacía un par de años que la falta de motivación y de ideas habían pospuesto esta colaboración.

Mientras esperaba que se copiaran las fotos fue hacia el dormitorio para cambiarse de ropa. Pasó por delante del cuarto de estar. Una foto gobernaba el salón sobre un sofá enorme en forma de ele, frente a un televisor de setenta pulgadas. Colgaba de la pared su mayor obsesión, enmarcada tamaño póster. Se acercó para ver de nuevo los rostros triunfantes de un equipo de fútbol. El capitán alzaba el trofeo en señal de victoria. Él debería haber estado en esa imagen, pensó Ismael, en vez de hacer la foto. La mirada ceñuda se desvió hacia su rodilla y la frotó con la mano, molesto, como si un recuerdo se hubiera instalado en su articulación.

Se detuvo de nuevo frente a un espejo de cuerpo entero de camino a la habitación y se inspeccionó complacido. Pellizó un trozo de carne a mitad de camino entre el abdominal flácido y el michelín y le dio unas palmadas con humor. Se pasó la mano por el pelo. Le gustaba que luciera corto y que su barba estuviera cuidada y no muy larga. Comprobó que el vello de la cara no raspaba demasiado. Apretó la mandíbula mientras se examinaba. Sus rasgos le daban un aspecto germánico, con su cabello rubio y sus ojos azulados. No podía negar que estaba perdiendo la forma. Calculó que su peso estaba entre los ochenta o los noventa kilos, y luego lo comparó con el de un toro, quinientos y pico. Imaginó el efecto de una embestida contra una persona y de inmediato agitó la cabeza como si hubiera sentido un dolor provocado por ese pensamiento.

Se quitó los vaqueros y la camisa, los dejó bien doblados sobre una silla y se puso unos pantalones cortos de deporte y una camiseta. Se calzó y seleccionó un programa de una hora en el monitor de la bicicleta estática. Mientras pedaleaba pensó en los toros muertos en la arena, en Iván Blanco, en la mujer morena. Se preguntó cuál de las tres visiones le desconcertaba más. No era la mujer. No era excepcional que alguien así le hubiera llamado tanto la atención. Luego estaba la gran promesa del toreo y el toreo en

general. Las escenas encerradas en una plaza de toros tenían un exótico alarde de violencia. La sangre, el peligro y la muerte exacerbaban los instintos del público pero no creía que la clave estuviera en la violencia ni en el dolor. No le parecía que el público disfrutara con el castigo físico al animal. Le habían sorprendido más los aplausos que la retirada del toro muerto, la retribución admirada a un animal por su valía o los silbidos de reproche por la cobardía del otro. Le indignaba que el público se creyera con derecho a exigirle nada a un animal que entregaba la vida. La palabra “despreciable” quizá fuera una conclusión precipitada pero es el calificativo que le inspiró esa actitud. Luego volvió a pensar en la mujer. “He conocido demasiadas mujeres así”, se mintió a sí mismo.

No había pedaleado media hora cuando bajó de la bici y se fue a la ducha. Luego cenó en la cocina una ensalada con tomate y queso. El silencio de la casa se explicaba fácilmente con ayuda del calendario de custodia compartida pegado al frigorífico. Se sostenía gracias a un imán con la forma del trofeo de la Champions League.

Se posó delante del ordenador y abrió la carpeta de archivos sobre la que había escrito la palabra Japón. Las fotos le parecían buenas pero no había un discurso que las uniera entre sí o con las demás. La pantalla mostraba un monje de espaldas entrando en un templo cobijado por la sombra densa de unos árboles frondosos. Un poema de vacío y silencio. Recordaba perfectamente el lugar. Un parque al atardecer aislado del mundo. En otra, varios hombres trajeados caminaban junto a un túnel de ladrillo sobre el que circulaba un tranvía. La máquina cruzaba una calle plagada de señales de dirección y prohibido aparcar. Un hombre con corbata y sin chaqueta llamaba la atención por su ubicación en la foto. Se dirigía en ese momento hacia un establecimiento de ramen. Los ideogramas japoneses encriptaban escenas donde el dinamismo y el orden se disputaban el protagonismo. En la foto siguiente aparecía Clara. La madre de su hijo le sonreía posando delante del mausoleo Tokugawa. Él le devolvió la sonrisa y un sabor agridulce le saltó a los labios.

Su mente viajó de Japón al toreo con la única transición del caos aparente, de someter lo incontrolable con elegancia. Pensó en la tauromaquia como en una ceremonia del té en la que se manipulara, en vez del té, un líquido explosivo e inestable. Todo estaba sometido a un estricto protocolo para conversar con una bestia que no admite el diálogo,

o no cualquier diálogo. Un hombre se juega la vida en su misión de conducir el caos animal y someterlo a sus normas.

De una imagen a otra, acudieron de nuevo a su pensamiento la mujer morena, Iván Blanco, los toros desfallecidos en el coso como elementos de un trinomio coherente, compleja ecuación con la nobleza, la elegancia y la furia como variables. Aún no estaba preparada para entenderla. Las sensaciones se mezclaban como sinestesias en su cabeza. Veía la arena levantarse pero le llegaba a la boca el sabor seco del miedo; oía a la muchedumbre enfervorizada pero olía el sudor y la sangre; sólo el tacto se le revelaba en su propia expresión; el toro golpeando, las heridas escociendo en los brazos, el roce de los pechos duros y tersos de una mujer.

Las ideas se le deslizaban por las costuras de su reflexión. Quizá no existía una explicación verbal, por eso buscó la instantánea de la estocada y la anterior, deteniéndose en los detalles. En otras circunstancias los labios tensos del torero le habrían resultado ridículos, demasiado afeminados para un hombre, aunque en la foto parecían aspirar el valor para dentro, el que quería escaparse en el momento del todo o nada. Junto a la de la estocada había almacenada otra fotografía vibrante. El torero se despojaba de los nervios con un gesto de gladiador. El brazo que sujetaba la espada apuntando al suelo. Su rostro contraído celebraba la exaltación de seguir vivo y triunfante. Otros factores le seguían siendo ajenos, como la indumentaria o la reacción del público. Imposible captar al mismo tiempo la estocada y la mirada absorta de quien la presenciaba. Visualizó la galería completa de fotos, varias veces, y llegó a la conclusión de que lo que allí conservaba eran los instantes fragmentados de algo auténtico pero también los prestigios propios de un mago. Tenía que haber algo más. Se había acercado mucho pero no lo suficiente. Aún no lo había logrado.

Se aproximó a una de las estanterías de su dormitorio y tomó de la repisa una figura de bronce que representaba un gladiador romano en posición de combate. Su mente se revolvía a punto de resolver un acertijo, de recordar una persona o una palabra que se deslizaba por la punta de su lengua. Se durmió sin averiguarlo.

IV.

La mañana del domingo acudió al apartado de los toros que debían lidiarse esa misma tarde. La plaza se mostraba un poco huérfana sin los puestos de pipas y chucherías mientras los tipos de la reventa ocupaban su jornada. Voces de tonos exagerados se dirigían a él para proponerle entradas de reventa “mejores” que las de la taquilla. Una pareja se acercaba a la ventanilla para comprar sus entradas e ignoró a uno de esos hombres generosos que les increpó con un desabrido acento andaluz por su “falta de educación”. El fotógrafo dio un rodeo hasta la puerta de entrada de los caballistas. Decenas de personas aguardaban haciendo cola. Por la hora, una fila así para entrar al apartado era poco habitual según los comentarios de los corrillos. La gente murmuraba acerca de dos toros peleados.

Durante la espera observó los gestos y manías de las personas alrededor. Le llamó la atención un hombre de baja estatura, de hablar agudo y rasgado, cuya cabeza estaba cubierta con una gorra recargada con pegatinas de la bandera de España. El texto de su camiseta blanca le identificaba como vendedor de revistas. Entre parrafada y parrafada endosaba papeletas para una rifa benéfica de apoyo a un banderillero impedido.

- ¿Para qué es el sorteo, señor? – preguntó un tipo de voz grave que se les acercaba. Se trataba del veedor de toros que había conocido en su visita a Aldeanueva del Arroyo. Ese comentario y una sonrisa fueron su manera de presentarse y de saltarse varios puestos en la fila, aprovechando que había reconocido a Ismael.
- Un toro cogió feamente hace varias semanas a “El Chano” y lo dejó en silla de ruedas.
- Dame cinco euros de papeletas – le pidió al hombre mientras se ponía al lado de Ismael y terminaba de colarse. - Y cómprale tú otros cinco, anda – le increpó con mucho arte al fotógrafo.

Ismael quedó desarmado por el tono imperativo de la demanda y sacó el dinero de la cartera como si no tuviera otra opción. Le pidió varias papeletas al vendedor charlatán, al parecer toda una institución del lugar. Llevaba ganándose la vida allí varias décadas,

como puesto por el Ayuntamiento, o eso les contó. En treinta segundos soltó un chorro de nombres de toreros famosos que había visto pasar por Las Ventas. El reportero fue capaz de reconocerlos pero no de retenerlos en su cabeza. El entrañable personaje les obsequió a ambos con una postal de uno de los diestros que iba a torear por la tarde y se despidió. Su voz cantarina continuó su atropello de sílabas entre la gente que se impacientaba.

Ismael y Sergio accedieron juntos al recinto cuando la fila comenzó a avanzar. Comentaron la faena del día anterior. El fotógrafo compartió sus ideas y sus dudas y su interlocutor se deshizo en alabanzas hacia los toros de esa misma tarde como si fueran propiedad suya. Sergio reconoció que su socio los había seleccionado para aquella corrida y se extendió en su discurso sobre las hechuras, la bravura y la nobleza de los animales como si hablara del mismo torero que los iba a lidiar. La conversación transcurrió por estancias anexas a la plaza donde un jinete montaba su caballo para aclimatarlo. Un hombre cortó sus entradas al cruzar la puerta y subieron por una escalera a la parte alta de un patio. Desde los muros, les observaban varias cabezas de toro disecadas.

Un profundo olor animal les saltó a la nariz al acceder a los corrales. Caminaron con tiento por un estrecho pasillo de hormigón desde el que tenían una vista elevada de los toros. Un macho grande, castaño, de media tonelada, se movía nervioso. Podía leerse un número 20 marcado a fuego justo encima de los costillares. Era el que se había peleado, comentaba la gente. Sergio le explicaba ciertos detalles del animal pero Ismael apenas escuchaba. Trataba de adaptarse a un entorno muy sensitivo, de olores, de repiqueteos de cencerros de bueyes, murmullos y sonoros atuendos de gente muy variada. Los altavoces de la megafonía empezaron a arrojar los resultados del sorteo con una voz ronca que anunciaba el nombre y el peso de los toros como si se tratara de los púgiles de un combate de boxeo. De seguido el nombre del torero que le había tocado en suerte. Mientras, los asistentes se desplazaban apretados por angostos pasadizos, asomados desde sus balcones a las estancias cuadradas por las que esos perfiles cenitales vivos iban apareciendo y desapareciendo hacia los chiqueros, ayudados con firmeza por los varazos del personal de la plaza. Confundido, Ismael casi olvidó hacer las fotos.

Se movía con dificultad entre una llamativa mezcla de personalidades. Un hombre de vestir recargado miraba a un lado y a otro como si buscara a alguien. Tres pasos más atrás un señor con una gorra a cuados rascaba una de sus largas, pobladas y triangulares patillas. Tipazos guapos llamaban la atención entre chavales más corrientes e incluso vulgares. A su lado paseaban sus bolsitos unas mujeres de bandera a las que no se podía tocar sin romper. Acentos franceses se mezclaban con otras voces andaluzas y extremeñas.

- ¿Los tienes todos? – preguntó Sergio a un Ismael desprevenido.
- Sí – mintió.
- Vamos – le dijo el veedor, y el fotógrafo le siguió sin preguntarse por qué. No terminaba de explicarse de dónde sacaba aquella autoridad, ese convencimiento de que el prójimo le obedecería.
- ¿Quiénes son? – preguntó Ismael mientras observaba a la gente allí reunida.
- Aficionados, prensa...
- ¿Y los toreros?
- Hay algún miembro de sus cuadrillas pero los toreros no vienen a sus sorteos.
- Sorteo...

A Ismael le hizo gracia el término. La palabra le hacía pensar en una rifa y allí se decidía el destino de un hombre mediante unas bolitas de papel de fumar metidas en un sombrero.

- La palabra suerte siempre está presente en el toreo – sentenció Sergio con súbita seriedad. - En el sorteo hace falta ese componente de suerte. Con un mal lote es imposible triunfar en las plazas de primera, pero en las más populistas, con un bueno, se puede salir por la puerta grande hasta toreando mal – y tan súbito como vino la seriedad, se fue. - ¿Tomamos unas cañas?

A Ismael le apeteció aceptar su invitación. Le intrigaba aquel tipo de rostro moreno, mirada viva y aspecto castizo. Su voz ronca, reverberada, adornaba un hablar sentencioso y directo que captaba enseguida la atención.

- Por la noche esto se llena de chavalitas que bailan sevillanas – le comentó después de darle un codazo en el esternón para invitarle a entrar en el Alcalá 2020, un bar frente a la plaza.

Tomaron varias cervezas, unas aceitunas y Sergio escogió un lugar para comer hasta la hora de la corrida. Durante la sobremesa el joven tudelano aleccionó a Ismael sobre los toros de la tarde, le habló sobre sus méritos y sus carencias. Sánchez aguardaba atento su momento de transformar el monólogo en conversación, con las manos apoyadas sobre una taza de café, contrariado por la mención de lugares que creía recordar, sin saber de qué o de cuándo. Sergio se refería a hierros de ganaderías y los relacionaba con fincas y dehesas. Imágenes vivas pero difusas se formaban en la mente de Ismael como consecuencia de los recuerdos y de la narrativa peculiar de Sergio. Al fotógrafo le hacía pensar en un contador de cuentos o un chamán responsable de la transmisión oral de una cultura. Sabía escoger palabras evocadoras de forma natural para dotar de cuerpo y entusiasmo a lo que decía. Sus comentarios eran muy visuales. La eficacia de su lenguaje no verbal se basaba en la tensión de sus brazos y en la expresividad de su rostro. Hablaba con emoción romántica del campo charro, de los toros y los manantiales donde iban a beber. Se atrevía a comparar el Tigris y el Éufrates con las aguas del Huebra y el Yeltes de las que bebía el ganado bravo de esa provincia.

De repente, Sergio le preguntó a Ismael si ya conocía de antes el Cruce de Cuatro Caminos y el reportero se quedó pensativo, rumiando su respuesta, con la mirada perdida.

- Es todo un personaje, un tipo extraño – afirmó Ismael aún con los ojos apuntando a la nada.
- ¿Quién?
- Francisco Vega.
- Es muy torero, muy centrado en lo suyo. Puede parecer desagradable porque no se esfuerza en demostrar que no lo es.
- ¿Tú lo conoces bien?
- He hablado con él varias veces. Es una figura, uno de los grandes matadores de ahora, y puede que de siempre, si se recupera.
- De lo de Las Ventas.

- Fue una cornadón terrible. Ha perdido media temporada. Hasta abril no creo que se le vuelva a ver – chascó la lengua y acompañó el sonido con un gesto de contrariedad. Golpeó también sus palmas contra el pantalón vaquero. – Y luego está su manera de ser. Le cae antipático a cierta gente a la que es mejor no incordiar.
- Sé que tiene algo, pero no sé si es distinto a los demás toreros.
- Seguramente. Lo que sí te puedo decir es que vive para esto y el resto parece darle igual. No se relaciona mucho con nadie y no concede entrevistas. Es un torerazo, pero a buena parte del público le parece muy borde, y a la prensa ya ni te cuento – dijo mientras su índice dibujaba una espiral en el aire. - Al final son todos ellos los que le van a aupar a la gloria o se lo van a impedir y su actitud le pone a mucha gente en su contra. No le conviene. Aquí hay mucho montado detrás, todo el tema de la imagen y él quiere subir a lo alto él sólo, con su muleta y su estoque, nada más, y eso es muy difícil si no hablan bien de ti.
- ¿Tú tienes alguna manera de contactar con él?

Al oír esto Sergio se rió.

- Ese tío es inaccesible.

“Ya veremos”, pensó Ismael, y siguió escuchando. El veedor era también una persona difícil de clasificar. Tan pronto hablaba en extremos poéticos sobre su filosofía del campo bravo como compartía en voz alta un pensamiento apenas mundano. Con la misma facilidad se refería como un místico al Huebra y el Yeltes que teorizaba burlescamente sobre los motivos de que le gustara tanto el pisto.

- Mi madre estaba preparando pisto cuando iba a dar a luz. Tiene que ser por eso.
- Y reía sonoramente con la boca abierta. Sin duda era un tipo con carácter y para eso también tenía una explicación. - Me concibieron cuando faltaban dos noches para luna llena y nací a dos noches de que la luna estuviera completa.

Afirmaciones como esa hacían de él alguien amigable, extraño y polifacético.

- Me suena muchísimo tu cara – soltó de pronto Sergio, sin venir a cuento. – Te he visto por la tele, hace tiempo.
- Tiene que haber sido hace mucho.
- ¡Ismael Sánchez, joder! Cómo no he caído antes – le dijo palmeándole el brazo con descaro.

Sergio había terminado por reconocerlo y repasó su carrera como si fuera una enciclopedia.

- Dos ligas, Copa del Rey, una Champions. ¿La selección? – dudó Sergio.
- Alguna que otra vez – afirmó sin modestia.
- Lo tienes que echar de menos. Vamos, digo yo – refuló prudente.

Ismael encogió los hombros, como si no supiera qué decir, mientras buscaba la frase con la que no decir la verdad. Al final sólo dijo que sí, que a veces echaba de menos la competición y el calor de la grada. También charlaron de su lesión y de una difícil reconversión profesional.

- Iván Blanco – volvió a cambiar de tema Sergio.
- ¿Qué le pasa a Iván Blanco?
- Francisco Vega no actúa como las personas corrientes. Está fuera de tu alcance. Sin embargo, Blanco va camino de estar a la altura de Vega y además tiene una característica que le falta al otro. Es un ser humano que responde al teléfono.

.....

La nueva novela de Carlos Cuesta, [Los Ojos de Mitra](#), saldrá a la luz en abril de 2021, bajo el sello de la editorial Talón de Aquiles. El autor también ha publicado la novela [Tatuaje](#) (El barco ebrio, 2016) y participado en las publicaciones colectivas [¿Te has venido a Francia, Pepe? Relatos de nuevos inmigrantes](#) (2018), *Letras con Premio*, (2009) y *Velamen. II Premio Luis Adaro* (2008). *La caja de hierro*, primera aparición del personaje de El Arquitecto, formará parte de una recopilación de cuentos editada en Colombia.

Sobre el autor

Licenciado en **Periodismo** por la Universidad de Gales, **Técnico Superior en Imagen** y Máster en **Investigación** por la Universidad de Tours, actualmente reside en Francia, donde trabaja como **profesor** de español. Nacido en **Valladolid** (1982), ha ejercido como **redactor** en la agencia de noticias Europa Press, en el diario ABC y como **reportero gráfico** del diario El Mundo. Durante 5 años ha sido **editor y coordinador** de informativos de Radio Televisión Castilla y León (Rtvcyl), además de haber formado parte de los **gabinetes de comunicación** de los grupos Telecyl y CL.

¿Desea reservar su ejemplar firmado de Los ojos de Mitra, solicitar una entrevista con el autor o realizar una consulta?



@carlos_cuesta_narrativa
@los_ojos_de_mitra



contacto@carloscuestanarrativa.com

<https://carloscuestanarrativa.com/>